

POR FEDERICO ALVAREZ Y HUBERTO BATIS

★ **Mario Vargas Llosa: La ciudad y los perros** (Seix-Barral).—Ganador, por unanimidad, del Premio Biblioteca Breve 1962. José María Valverde, poeta y crítico español de talento, ha llegado a decir que "es la mejor novela de lengua española desde *Don Segundo Sombra*", lo cual es mucho decir si recordamos que, en ese tiempo, han publicado Baroja, Valle-Inclán, Carpentier, Mallea, Asturias y otros. Pero entre ellos queda Mario Vargas Llosa con esta extraordinaria novela. Es un verdadero campanazo. El autor, joven peruano de 28 años, doctor en letras por la Universidad de Madrid, actualmente residente en París, estuvo también a punto de conquistar el Premio Formentor 1963. A grandes rasgos, el tema de la novela es el de la corrupción de la adolescencia en un colegio militar limeño. Kean nos dice en el epígrafe de la primera parte: "se juega al heroísmo porque somos cobardes", y Paul Nizan, siguiendo aquel amargo libro de Vaillant-Couturier, *La desgracia de ser joven*, nos dice en el epígrafe de la segunda parte que los veinte años no son "la edad más hermosa de la vida". En el mundo cerrado de la educación castrense la crueldad y la injusticia son costumbre. Pero sí, además, el colegio es hispanoamericano, la trama puede tener —como en este caso— una connotación trágica que nada tiene que ver, por ejemplo, con *Las tribulaciones del estudiante Torless*, la bella novela de Musil que narra también, desde muy otro punto de vista, la educación castrense en una academia militar germánica. La novela de Vargas está escrita en un estilo de poderoso barroquismo en el que se entrecruzan tiempos y personajes en torno a una impecable y compleja estructura. Este barroquismo, que, lejos de confundir, aclara, permite el desarrollo natural de la trama y la paulatina ampliación del panorama novelesco, hasta que, en las primeras páginas de la segunda parte, inmerso ya en ese mundo a la vez real y alucinante, el lector no puede dejar el libro de la mano. Se trata de una novela escrita con módulos hasta cierto punto tradicionales, entre los que destaca, por ejemplo, un epílogo que ata todos los cabos sueltos. Pero, al mismo tiempo, incorpora los recursos de la novelística contemporánea con verdadera maestría, y en este maridaje de lo tradicional y de lo moderno, Vargas alcanza una dimensión realmente innovadora, en la que el lenguaje es, a la vez, instrumento de descripción, de exploración y de arte. No nos olvidaremos ya de Alberto, del Jaguar, del Esclavo... Por desgracia, los "gorilas" de nuestro hemisferio nos los recordarán con frecuencia. Así se forjan los líderes militares de América. Porque la novela es, sí, una denuncia virulenta. Vivimos tiempos en los que hablar de literatura crítica, combativa y denunciadora, parece cosa de mal gusto o demostración de que se tiene plomo en las alas... En ese vicio moderno cae José María Valverde en el prólogo a la novela ¿Por qué? Es evidente que Vargas descubre sin tibiezas cómo unos jóvenes semejantes a nosotros son anegados en la abyección y en la indignidad y orillados al crimen en unas circunstancias que les ha impuesto inapelablemente, y a las que son ajenos. ¿Que es mucho más? ¿Qué duda cabe! Es una acabada obra de arte, escrita en el lenguaje valiente, lleno de matices, con un ritmo efisímico y una madurez tal —y esto sí lo ha visto muy bien Valverde— que lo lleva al terreno mismo de la poesía sin salir un ápice del terreno de la realidad. Un hito de la literatura contemporánea en nuestra lengua.

★ **Jorge Gurriá Lacroix: Anastasio Zerecero** (Estudios historiográfico de sus Memorias (UNAM).—A

partir de un esquemático esbozo de la historiografía de la Guerra de Independencia, el autor nos traza apresuradamente, enhebrando fichas, la vida y las memorias de Anastasio Zerecero, insurgente de 1821, conspirador contra Iturbide, conspirador de la Acordada, jefe de la Guardia Nacional en la Guerra contra los EE. UU. en 1847, insurrecto en Ayutla, compañero de Juárez en San Luis Potosí: un "rojo" de su época. El personaje merecía un estudio más interpretativo, más penetrante. El autor nos ha dado solamente las coordenadas fundamentales de su vida y obra. Podría ser un libro apasionante; no pasa de ser un documento útil.

★ **Dámaso Murúa Beltrán: Doce relatos escuinapenses** (Ed. autor).—Este narrador de provincia tiene chispa. Le falta conocer el género, las leyes del cuento corto; no logra concebir una estructura cuentística, redondear una anécdota. El lenguaje se le escapa a veces: "reberverea el calor"... "febrilidad"... Pero tiene un muy apreciable despejo narrativo y cuenta sabrosamente con un regionalismo muy humano, nada "costumbrista" o folklórico. Esa es su principal virtud. Antonio Rodríguez, en la presentación de estos doce relatos, prefiere los dos más ambiciosos pero en los que más se nota la insuficiencia de oficio del autor. Yo prefiero la inmediatez simpática, llena de lozanía y desgarro, de sus retratos (ese Chato Tracateras, ese Soterillo, ese Güilo Mentiras, ese Surrapas Wright) y de sus sencillísimas anécdotas, seleccionadas con un fino instinto de narrador.

★ **Luis Martín Santos: Tiempo de silencio** (Seix-Barral).—Hace algunos meses, en esta misma sección, dije que Martín Santos era uno de los novelistas españoles contemporáneos más significativos. Ahora nos llega la tristísima noticia de su muerte, cuando no cumplía todavía los 39 años, en una accidente automovilístico, y ocupamos de nuevo este espacio para decir que, andando el tiempo, acabará considerándose su hermosa novela, *Tiempos de silencio* (traducida, o en proceso de traducción, a once idiomas) como un verdadero punto de giro en la moderna novelística peninsular. O como un anuncio, por lo menos, de una concepción novelesca más rica, más intensa, que algunos han emparentado con Joyce. La postguerra (ya bien entrada la década de los cincuenta) hizo florecer en España una novelística muy en deuda con el neorealismo italiano, que contaba llanamente —y todavía cuenta— anécdotas indiferenciadas, cotidianas, banales muchas veces, con intención trascendente. La otra vertiente de la más reciente novela española, derivaba en cierto modo del "nouveau roman", que tenía en España la cepa, en otro tiempo muy apreciada, de Azorín. Pero faltaba la novela plena que, arrancando de la tradición barroca, diera narraciones henchidas, empeñosamente construidas, con asuntos escogidos, sopesados, narrados necesariamente. Tal es la novela *Tiempos de silencio*, aguafuerte vigoroso de la actual sociedad española burilado con intensidad crítica. Queden estas palabras como homenaje al escritor cabal, y al revolucionario que conoció tres veces la prisión de Carabanchel, y que, cuando murió, se encontraba, a pesar de ser director del Sanatorio Psiquiátrico de San Sebastián, sometido a vigilancia policíaca diaria, en estado de prisión atenuada.

F. A.

★ **Luis Guillermo Piazza: El tuerto de oro** (ERA). El argentino LGP, notable cuentista y crítico tan ilustrado como cáustico, quiere que el teatro nuevo viejo deje de imitar la

MARIO VARGAS LLOSA: La ciudad y los perros.

DAMASO MURUA: Doce relatos escuinapenses.

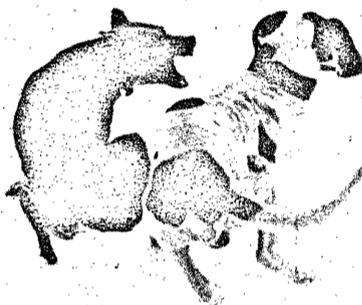
LUIS MARTIN SANTOS: Tiempo de silencio.

LUIS GUILLERMO PIAZZA: El tuerto de oro.

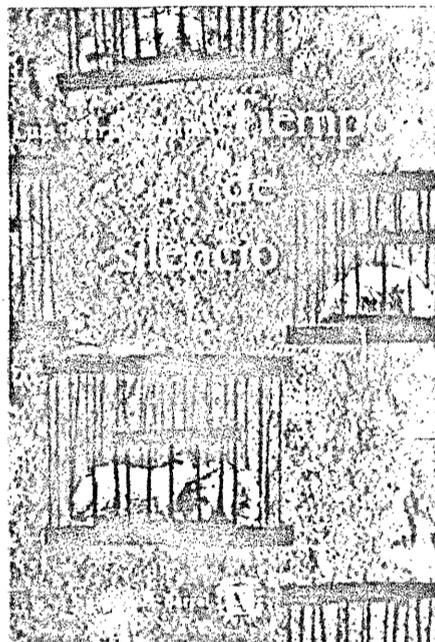
ROBERT REDFIEL: El mundo primitivo y sus transformaciones.

JOSEFINA MURIEL: Las indias caciques de Corpus Christi.

MARIO VARGAS LLOSA
LA CIUDAD
Y LOS PERROS



NOVELA



acción y haga la historia de esta edad sofisticada; que sea antidialéctica ("el diálogo no pertenece específicamente al escenario sino a los libros" apud Artaud) y que haga reír al público mitificando sus cantos y danzas, descubriendo su verdadera historia, tal como lo hacía el teatro primitivo que encontraron —y destruyeron— en América los conquistadores. Igualmente, la escena debe acumular todo el horror y nuestro aparente absurdo. En *El tuerto de oro* pone en práctica esta teoría, de su exclusiva propiedad, el autor, y —obediendo a Longinus— intenta dejarse de "convencer al público para transportarlo [no dice ponerlo, linotipista] fuera de sí con el solo espectáculo". Hace algún tiempo Juan José Gurrola casi puso en escena esta obra (que entre paréntesis es rigurosamente ingeniosa), pero le fue imposible vencer sus dificultades, punto menos que insuperables: ante todo encontrar un tuerto de oro, personaje si no central al menos indispensable; un ejército de mimos prodigiosos una cubana o (ahora que prohíben su importación) "mujer que se le parezca"; tres actores que sepan recitar "en burla de Shakespeare" y en todos los idiomas; una "fonomímica" de tangos a la Montiel; y —lo más difícil de todo— una embarazada de plástico, preciosa criatura en la que el espectador pueda ver cómo se va formando el hijo, que aúlle convincentemente y que se atreva a parir en las tablas (parece ser que la única empresa que podría fabricar este aparato es la que tiene la patente de las muñecas *Plastisex* (C), anunciadas por Juan José Arreola, en su *Confabulario total*). Sea de ello lo que fuere, es de aplaudir el que Piazza quemó su obra editándola si no se la montan; revoluciones estéticas como la suya sacudirán a nuestro teatro y lo despertarán de su marasmo.

★ **Robert Redfield: El mundo primitivo y sus transformaciones.**

Colección Popular (FCE). Conferencias dictadas hace diez años en el ciclo Messenger sobre Evolución de la Civilización en la Universidad de Cornell. Con base en Childe, Toynbee, Spengler y Whitehead, RR describe las sociedades primitivas como una forma de civilización fundada en un orden moral tácito, y su paso a una cultura de orden técnico y a una nueva Weltanschauung. Si el paso a la civilización es un principio fuerte de males morales, de desintegración (el ciudadano olvida tradición y religión, se vuelve tremendamente positivo, asutido, infecundo y desprecia al hombre del campo), acaba por enfrentarse a las ideas ecuménicas de los reformistas (utópicas pero motoras) y regenerar una moral "menos eminente pero más independiente, más amplia", con la que el hombre se autodirige y da forma al mundo. El reformador, que suele ser un desarraigado, un desposeído, propugna por el equilibrio entre el orden moral y el técnico; su papel es universalizar la concepción del mundo moderno —tan separada en el hombre común y en el científico—, distinta a la de la revolución de la producción de alimento o a la urbana, y basada en la industria. Quizá no estemos muy lejos del primitivo que sólo busca satisfacer sus necesidades básicas (hambre, sexo), de evitar fatigas y dolores, pero se ha iniciado el reconocimiento del Yo y del de los Otros, y se perfecciona la comprensión de las diferencias en busca de lo que tienen de común a todos (p. ej.: uso del sexo, obediencia al orden, inmanencia de la justicia, aplicación de la ciencia al bienestar, sistematización y escepticismo). Hoy que podemos formar a partir del niño casi cualquier tipo de personalidad, debemos abominar la educación que sólo prepara para vivir en el mundo del maestro; ante nosotros está la reforma capaz de vislumbrar un futuro modificado y de crearle un programa: "el día en que cada uno recibi-